



UNIDOENLAMISION.ORG

Educación al límite

Un reto a lo imposible

Héctor Escandell*

El anuncio del Plan Maestros Insurgentes en agosto aumentó el riesgo de mantener la calidad del sistema educativo, comprometido ya desde hace un par de años, cuando la migración, causada principalmente por la caída del poder económico de las familias, comenzó a dejar las aulas sin docentes... y ahora también sin alumnos

El regreso a clases parece un imposible en la Venezuela de estos días. Volver a llenar los cuadernos con fórmulas matemáticas y apuntes de historia no aparece dentro de las prioridades de los padres que siguen empeñados en sobrevivir. La crisis económica arrolla a “reimundo”, no hay respiro. La carrera por comprar alimentos supera cualquier esperanza de hacer esfuerzos por algo diferente. La frase repetida en los pasillos y oficinas es “no he comprado nada para el colegio de los muchachos”. Muchos se plantean la posibilidad de no mandar a sus hijos de vuelta a clases. Una tragedia.

El salario de los venezolanos sigue estancado en 40 mil bolívares (menos de dos dólares mensuales), mientras que una libreta puede costar hasta 140 mil bolívares (6 dólares), ¿cómo hace un trabajador para comprar los útiles escolares y los uniformes?, los textos para los adolescentes superan los 800 mil bolívares (36 dólares) y los zapatos deportivos no bajan de 250 mil (11 dólares). Este simple repaso hace que la alegría de regresar a la escuela se convierta en una pesadilla.

En la acera de enfrente están los maestros, con un rosario de reclamos y un mar de dudas. En julio, cuando se acabó el período escolar, el sentimiento del magisterio era de duelo. La mayoría decidió migrar del país o de profesión. En el aeropuerto de Santo Domingo del Táchira me encontré a un docente vendiendo café y pasteles. Él no va a regresar a la escuela, “la cosa está muy dura hermano”, me dijo con su acento de gocho. Se pasa los días hirviendo agua y trasteando con los peroles de una cafetería instalada en la entrada del terminal que a duras penas alberga unos pocos vuelos semanales. “Yo trabajé bastante tiempo en una escuela de Fe y Alegría, pero no da. Aquí todo es en pesos colombianos

y ese sueldo que pagan no alcanza para nada”, sentenció y dejó bien claro que no volverá a los salones porque se moriría de hambre.

FUTURO INCIERTO

El Gobierno –como en otros casos–, se apura y dice que la vuelta a clases será una fiesta, un derroche de alegría y color. Anuncia la entrega de morrales y útiles escolares para los millones de niños que regresan a los salones. Sin embargo, la realidad lo desmiente. No hay color ni alegría, no hay morrales para todos y los útiles son un monumento a la escasez y la mala calidad. Justo cuando escribo estas líneas leo una convocatoria de los docentes que llaman a paro y a protestar el próximo 16 de septiembre. Me asusta el destino de los dirigentes, con suerte será de bombas lacrimógenas y represión. Ojalá no vayan a parar en la cárcel.

RAYOS DE LUZ

Hay quienes dicen, que la luz que se ve en medio del túnel no es otra cosa que la locomotora acercándose a toda velocidad para embestir sin remordimientos al que deambula por la penumbra de la desgracia. Pero también hay otros que se empeñan en mostrar un rayito de ilusión a los que sienten los rieles del tren triturándose las costillas. Me refiero, en este caso, a los necios que no tiran la toalla y se envalentonan para hacerle frente a los que pisan el acelerador de la aplanadora. En estos días los he visto promocionar campañas para recolectar cuadernos y lápices. Zapatos y pantalones. Apelan a la corresponsabilidad y la solidaridad de los que tienen poco, pero lo entregan todo. Se me arruga el corazón de solo pensar en esa gente que se quita el pan de la boca para dar futuro a los niños condenados por la estupidez adulta.

– Mami, mira esa cartuchera.

Le dijo una niña a su mamá con toda la ilusión puesta sobre una vitrina de un local comercial en San Cristóbal.

– ¡¿220 mil bolívares?!

Exclamó la señora, mientras alejaba a la pequeña tirada por el brazo.

– Dios mío...

Fue lo último que alcance a escuchar.

En Instagram veo la felicidad de los niños que reciben un bolso con la marca de Unicef. El azul del morralito resalta, a pesar de la blancura de las letras. Adentro vienen cuadernos, lápices, colores, reglas y libros. Todo un tesoro para los que no estaban ni cerca de empuñar el grafito contra la hoja de rayas. La asistencia internacional se volvió fundamental, es la mayor evidencia del fracaso de un modelo político y económico que no hace otra cosa más que responsabilizar al imperio de su incompetencia.

El país del chorro petrolero hoy depende de la ayuda humanitaria, el socialismo bolivariano del siglo XXI –que era la salvación del planeta–, ahora necesita de caridad extranjera para que sus estudiantes puedan regresar a clases. ¿Cuánto dinero se esfumó de la bonanza petrolera?, ¿cuánto de ese dinero hubiese cubierto los gastos de la educación?, ¿cómo fue que pasamos de construir autopistas en Ecuador a mendigar lapiceros? Aca-so hoy nadie se pregunta por eso, cuando ve a un niño desfilar con útiles escolares de Unicef o de Acnur, o de cualquier otra organización que práctica la caridad diplomática.

El arranque de las clases se muestra –repito–, como una cuesta difícil de alcanzar. Las calamidades del sistema escolar superan ampliamente los peores pronósticos de catástrofes sociales previstas para un país con tantos recursos e ingresos; aunque los especialistas –los más metódicos–, sí alertaron las consecuencias de una propuesta económica y política basada en restricciones y limitaciones a las libertades individuales.

Desde organizaciones como Fe y Alegría se plantea un escenario de acompañamiento integral. No hay de otra. Es necesario dar comida y cariño. El hecho educativo se transformó en una plataforma de mimos y caricias para las familias separadas y los docentes discriminados por el Estado. “Letra con hambre no entra”, así de simple, así de fácil. Entregar un plato de arroz con carne y tajadas es fundamental para evitar la deserción en las escuelas. Tener un pedazo de pan con café caliente representa más que cualquier incentivo moral para los docentes. Según los últimos datos de la Encuesta de Condiciones de Vida, que elaboran las universidades más prestigiosas del país, más de 3 millones de niños, adolescentes y jóvenes no están inscritos en el sistema escolar y tampoco han terminado la escuela. ¿Dónde están?, ¿quién vela por ellos?, ¿por qué se fueron de las escuelas?, lo peor de todo es que los pronósticos no son alentadores y la cifra pudiera aumentar, tomando en cuenta que el contexto económico y social se sigue agravando.

El ciclo escolar que apenas está por comenzar se perfila como el gran reto a lo imposible. Las organizaciones educativas tienen en sus manos la posibilidad de seguir haciendo historia como las instancias que salvan vidas en medio de la tragedia y la desesperanza.

*Periodista. Miembro del Consejo de Redacción de SIC.